

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 4 DE DICIEMBRE DE 2020



**Svetlana
Alexiévich**

PRESENTACIÓN

La literatura comprometida es la que en su trabajo creativo supera lo lúdico para situarse al frente con voluntad de cambio. Esa dimensión crítica la ha comprendido Svetlana Alexiévich, la escritora que a través de sus textos ha denunciado los mecanismos de funcionamiento de un sistema antidemocrático, opresor, pero sobre todo empeñado en la falta de reconocimiento de los derechos fundamentales en Bielorrusia. Jorge Ortega Gaytán, con su colaboración, nos ayuda a comprender el sentido de la lucha de la periodista caracterizando algunas de sus batallas expresadas en su producción bibliográfica. El texto es una introducción que anima a la lectura de la intelectual reconocida con el Premio de Literatura en 2015. Sobre ella la Academia Sueca indicó que le fue otorgado el premio porque “su obra es un monumento al valor y al sufrimiento de nuestro tiempo”. Y lo confirma Ortega Gaytán al afirmar que “la narrativa utilizada en su producción es sutil, serena y dolorosa, marca una lectura de frente con las circunstancias de la guerra que dejan un sabor agridulce como la sangre, así como los grupos seleccionados para dar credibilidad a sus obras (...)”.

Lo invitamos a leer, además de la reseña comentada, los contenidos a cargo de Hugo Gordillo, Luis Antonio Rodríguez, Karen Gómez y Fernando Ramos. Los creadores guatemaltecos recrean sus vivencias y las revisten con el lenguaje propio del género que ejercitan. Por ello, su riqueza genera un efecto estético que reclama también una disposición frente a la vida. Esos resultados hacen la diferencia entre quien lee y el que solo se distrae. Un feliz fin de semana para usted. Hasta la próxima.

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ



SVETLANA
ALEXIÉVICH

¡LA VOZ DEL SUFRIMIENTO HUMANO!

JORGE ANTONIO ORTEGA GAYTÁN
Escritor y catedrático universitario

Svetlana Alexiévich nació en 1948 en Ucrania, hija de un militar soviético asignado a esa república, su nacionalidad es de Bielorrusia. En ese ambiente creció y se formó como periodista, inmersa en un domo generado por la victoria contra la Alemania Nazi por los soviéticos, todos ellos dueños de la gloria de las armas, ese era el tema de las reuniones, lecturas en la escuela, actos cívicos y recuerdos de los héroes de la confrontación mundial. Un tema envolvente hasta hoy día que se manifiesta en las estatuas y fiestas patrias de mayor envergadura en la Rusia actual. Por eso Svetlana se dedica a retratar la esencia de la Unión Soviética desde la II Guerra Mundial, la derrota de Afganistán, la catástrofe de Chernóbil y el Fin del Homo Sovieticus.

¿Pero cuánto era cierto de la historia? La escritora inicia por indagar el rol de las mujeres en la segunda confrontación mundial y se empeña en una odisea de entrevistas que fue recolectando sobre las experiencias de combate, las mutiladas, el retorno al hogar sin

reconocimiento por el Estado, sin pensiones, ni resarcimiento por lo perdido en la guerra, dándole forma a su obra de “La Guerra no tiene rostro de mujer”. La crudeza de las relevaciones de cada una de las entrevistadas le permitieron hacer del periodismo de investigación

histórico un estilo propio de narrativa que cautiva a los lectores de sus obras, todas ellas unidas por la intensidad del dolor, la presencia de la muerte, el olor al miedo y una tenue luz de la esperanza en medio de la orgía de sangre de la confrontación que siempre está presente en los rescates narrativos de esos eventos desgarradores, en los que se involucran las naciones que conformaron la Unión soviética y que ahora, algunas son independientes de Rusia. La narrativa utilizada en su producción es sutil, serena y dolorosa, marca una lectura de frente con las circunstancias de la guerra que dejan un sabor agridulce como la sangre, así como los grupos seleccionados para dar credibilidad a sus obras: mujeres que son borradas de las historias de guerra, pero que lucharon contra la amenaza teutona, huérfanos con testigos de la barbarie humana y jóvenes soldados recorriendo campos de batalla ajenos, incluso recogiendo los

cuerpos mutilados de sus compañeros de armas para depositarlos en cajas de zinc y retornar sus despojos a la patria que ignora su entrega por una causa muerta. Con este vasto peregrinar de entrevistas desarrolla el contexto de sus obras “*Los Últimos Testigos*” y “*Los Muchachos de Zinc*”.

A lo anterior se suman los testimonios de Chernóbil, un accidente nuclear que afectó a Ucrania en lo particular y a Rusia en lo general. Los lamentos son aterradores, las historias personales inverosímiles, de la explosión a la tumba, un recorrido infame al igual que el silencio de las autoridades y las entidades mediáticas rusas son el andamiaje de su publicación, “*Voces de Chernóbil*”.

El derrumbe del sistema soviético también provocó el final del *Homo Sovieticus* que le dio vida a un sistema totalitario, con esquemas definidos por un adoctrinamiento profundo al que fueron sometidas varias generaciones soviéticas. Un cambio de vida radical que provocó la división de la sociedad moscovita con sus luces y sombras como todo en la vida.

Todo lo anterior fue recolectado por Svetlana como piezas de un gran rompecabezas, entrevistas de las más diversas, un universo de conceptos sobre la realidad y el futuro de los rusos con toda su complejidad. De la noche a la mañana cambió todo, nadie estaba preparado, fue una parálisis existencial para el Estado y sus ciudadanos, con múltiples laberintos recolectados en el libro “*Final del Homo Sovieticus*”.



Describir la incertidumbre de la catástrofe de la guerra con sus efectos secundarios (que son devastadores, inclusive, más que la misma confrontación reflejada en los inválidos, huérfanos, viudas, los desafortunados de la estupidez humana en los eventos bélicos) es la habilidad de la escritora bielorrusa que no solo recolectó las vivencias de estas diásporas sociales en la posguerra, sino que logró tejer con excelencia un retrato amplio, claro y profundo del sufrimiento en toda su variedad y magnitud. Prácticamente lleva al lector por los senderos de la muerte y la inseguridad a través de los relatos a corazón abierto de los participantes anónimos de esos tiempos de guerra y de Chernóbil.

El desarrollo y la madurez de la pluma de Svetlana la convirtió en la vocera del sinsabor de la existencia de los sobrevivientes de los eventos que marcaron la agonía del régimen de la Unión Soviética, la emancipación de naciones satélites y el inicio de una nueva. Todo ello, desconociendo el costo del pasado reciente y que da vida a una Rusia posmoderna que se aleja de los horrores de conducción política de los regímenes totalitarios con una política de olvido hacia los habitantes que entregaron todo por sus creencias ideológicas y que gracias a la disciplina de recolección de historias de vida que reunió Alexiévich tenemos un testimonio colectivo que es un testamento hacia las nuevas

generaciones sobre el valor de lo que ahora tienen y que hace posible una nación en expansión con la posibilidad de un liderazgo a nivel mundial.

Alexiévich ha desarrollado su producción literaria gracias a las conversaciones con los ciudadanos e inmortaliza sus historias que tienen como común denominador el sufrimiento. Sus publicaciones dan voz real a la historia de varias generaciones, delineando al ciudadano soviético y postsoviético en los momentos de dificultades, demostrando al mundo el alma de una nación en conflicto y transición. Persigue los sentimientos de los involucrados en las grandes tragedias de la URSS, lo que afirma que “los sentimientos son realidad”. Es la creadora de su propio género literario, la *Novela de Voces*.

Debido al impacto en los lectores y críticos de sus publicaciones se le ha reconocido con distinciones y premios literarios: Oficial de la Orden de las Artes y de las Letras de la República Francesa, obtuvo el Premio de la Paz de los libreros alemanes 2013, el Premio nacional del Círculo de Críticos de Estados Unidos 2006 y En octubre de 2015, la Academia Sueca premia con el Nobel de Literatura por primera vez a un autora cuya obra es íntegramente de no ficción y se registraba el género del reportaje periodístico sujeto a ser reconocido con el más prestigioso reconocimiento a una escritora con la trayectoria sin igual como lo es Svetlana Alexiévich. El dictamen de la academia destacaba: “*sus escritos polifónicos, un monumento al sufrimiento y al coraje en nuestro tiempo*”

A pesar del éxito internacional y el reconocimiento de su obra con el Nobel de Literatura sus libros son prohibidos en Bielorrusia y Rusia, pero eso no desgasta el ser un referente crítico de la Unión Soviética y su transición. Una técnica que combina la literatura y la crónica periodística permite la lectura de una historia ahora olvidada por los rusos y desconocida para los habitantes de este planeta.





CARTA A MI ABUELO

LUIS ANTONIO RODRÍGUEZ TORSELLI
Historiador

El arte en todas sus manifestaciones es un don maravilloso que pocas personas realizan para satisfacción personal; en el caso de la música, es alegría de quienes lo degustan o la interpretan y para solaz de quienes lo observan, sienten y escuchan. Hace 15 años, escribí esta carta etérea para mi abuelo Felipe Rodríguez Padilla, de quien heredé, y también de mi padre y mi tío, el gusto por la música y la interpretación de la Guitarra clásica.

El tiempo pasa muy rápido y hoy en mi madurez, hago recuerdos que afloran sentimientos de identificación

hereditaria y musical; naturalmente, la vena artística me ha llenado de vivencias tan hermosas y comunicantes que durante mi vida han sido forjadoras de mi espíritu. Gracias a Dios, a mi abuelo Felipe Rodríguez Padilla y a mi tío (mi maestro y padrino) Luis Rodríguez Rouanet por haberme proporcionado la mejor de las cualidades que yo mismo encuentro en mi persona.
Carta a ese abuelo que nunca conocí físicamente... pero que he conocido a través de su obra.
Nueva Guatemala de la Asunción, 16 de septiembre de 2005

Abuelo Felipe,
Lo que nos depara la vida... Partiste cinco años antes que yo pudiera conocerte físicamente. La intuición de cómo fuiste, cómo fue tu comportamiento y carácter, la he tenido siempre por medio de un autorretrato tuyo en donde estás tocando nuestro instrumento favorito: la guitarra.
Esto lo digo pues detrás de tu imagen está la Marcha fúnebre de Chopin y con una definición tan grande dentro del óleo, que se puede interpretar pues tiene señalados hasta los pianos y fortes y los ralentandos y demás dinámicas musicales.
Me has dado la impresión de que aparte de jodón socarrón

como me contaron los Solís, eras un individuo retraído y muy entregado a tus aspectos artísticos: tu pintura, tu guitarra y sobre todo tu creación musical.
¿Cómo fue que pude llegar a compartir esa música que emana de nuestro instrumento común que, a través de Luis, mi tío, maestro y padrino, pude en un momento determinado interpretar? ¿Cómo fue que logré percibir esa parte lúgubre, o posiblemente melancólica de la interpretación?
Pero no todo es bonito, pues ahora viene el reclamo: ¿cómo pude llegar a tener también, al igual que Luis y tú, la parte jodida del corazón?

Tengo presente, y por lo tanto no lo olvido, el sueño de hace más o menos un mes en donde nos encontramos -los dos de la misma edad aproximadamente-, abrazados, caminando, platicando como dos amigos entrañables, pero sin llegar a ese punto, que positivamente sé que a los dos nos hubiera agradado sobremedida: podernos escuchar... y sin embargo ¿por qué no se pudo?

Con todo, he logrado, también desde que tenía 15 años, interpretar algunas piecitas, de las más sencillas, que hice para la guitarra.

¿Por qué ahora que ya estoy viejo y bastante artrítico, deseo interpretar todas tus obras y ya no puedo tocarlas como quisiera hacerlo?

Son cosas que no comprendo y que no comprenderé. Como te dije antes, la herencia buena -la música- y la mala -el corazón jodido- es indudable que derivan del mismo tronco: tus huesos; y aunque esta nota es de simpatía y agradecimiento pues sin ti y tus ancestros no hubiera logrado tener las satisfacciones que me ha proporcionado ese sublime arte efímero que es la música, presidida por Euterpe: “la que deleita” y la musa de la música.

En específico para nosotros, Dafne se hace presente, pues cuando la quiso alcanzar Apolo, le rogó a Júpiter que la salvara y el Olímpico lo hizo de tal forma que la transformó en Laurel... y Apolo, amándola todavía, adornó su lira y su frente con las hojas de Dafne ya convertida en laurel. Y fue con la madera de ese árbol, que se hizo la primera guitarra.

Los antiguos guerreros y emperadores adornaban sus cabezas con las hojas de ese árbol pues tenían la creencia que el rayo jamás caía sobre un laurel.

¿Por qué nos enamoramos de un artefacto humilde? tan humilde que actualmente sólo las clavijas son de metal y el resto es madera, desde la más humilde hasta la más preciosa: el palisandro, el abeto, ciprés, el arce, el cedro, el ébano y el laurel ¡que también un humilde artesano nos convierte en ese recóndito e íntimo instrumento!

Si Dios nos hizo con un poco de barro y un soplo divino, para hacer una guitarra necesitamos tantas especies

forestales: y sin embargo, todos contemplan un toco y vulgar trozo de madera pero no se fijan que en esos pedazos se encuentra toda el alma sonora de un bosque... de todos los bosques del mundo.

Esa guitarra que compartimos, tú, Luis y yo, cada quien en su momento, no de balde dijo el Presbítero y Licenciado Gaspar Sanz el inventor la guitarra moderna: que es una dama muy delicada, pero que en el fondo nos dice “Mírame y tócame...”

Creo compartir y no sé por qué tengo mucha certeza que también contigo, la guitarra fue de las primeras damas que amamos y que tuvimos una correspondencia por parte de ella que ya no fue posible dejarla, pues sus arrullos y sus sonidos, que en mí, a casi cincuenta años me tiene atrapado y por sobre todas las cosas, tiene la paciencia que no me reclama cuando no la

he acariciado, aunque cuando en la soledad de su estuche se ha reventado alguna de sus cuerdas y descubrirlo, al verla he sentido el reproche, muy dulce, aunque también severo: “No te has acordado de mí”. Eso ha sido más fuerte que un grito o que un algarabía pedante. La dulzura que me ha manifestado, siempre ha sido tranquila, calmada y suave, aunque enérgica.

¿Por qué abuelo, no pudimos conocernos? ¿Por qué no pudimos compartir ese amor caprichoso? ¿Por qué no pudimos interpretar un pequeño dúo, por simple que fuera?

Son preguntas que siguen sin respuesta y que no son reproches; son lamentos que como humanos no podemos comprender.

Algún día, quién sabe cuándo, podremos dar respuesta a todas esas interrogantes y tal

vez tengamos la capacidad de respondernos uno al otro, posiblemente sin palabras, sino al acariciar nuestros instrumentos y transmitirnos el uno al otro, todas esas respuestas que quedaron en el tintero.

Por de pronto, me lleno de satisfacción el poder contemplar tu autorretrato con tu guitarra y tratar de emular lo que en tu momento pudiste hacer con nuestro instrumento, aunque, debo confesarlo, a mí en lo personal me cuesta cada día más.

¿Cuándo y cómo podremos -y quién sabe si lo lograremos -interpretar juntos “El capricho Árabe, “la Danza Mora” y sobre todo “Recuerdos de la Alhambra”, además de todo aquello que dejaste escrito y yo ya no pude tocar?

Mientras tanto, viejo, sólo puedo decirte: Hasta pronto.

Chico.



CUENTO

EL HOMBRE DEL CHALECO DE FRANJAS AZULES

KAREN VIRGINIA GÓMEZ SOTOJ

Segundo lugar

Certamen Literario Universidad Da Vinci

Era un lunes por la mañana común y corriente. Me levanté a las seis treinta y tomé el autobús de las siete. Me senté del lado derecho justo al lado de la ventana, me gustaba ver las calles de la ciudad por las mañanas, estaban llenas de historias interesantes.

El autobús paró y un hombre muy apuesto subió y se sentó al lado mío. Tenía cabello rizado y castaño, usaba zapatos de vestir, pantalones de vestir, una camisa básica blanca y un chaleco de lana negro con franjas azules. Lo observé por un momento y me causó cierto tipo de curiosidad, me preguntaba cuál sería su historia. Después de unos minutos, el autobús paró de nuevo y el hombre bajó, no parecía llevar nada con él y me encontré preguntándome a dónde se dirigía, seguro era algo muy emocionante.

Al día siguiente, volví a sentarme en el mismo lugar junto a la ventana, esperando que el hombre volviera a subir en la misma parada y se sentara junto a mí. Y fue así. Bueno, casi. El hombre se subió en la misma parada, pero no se sentó a mi lado. Vestía pantalones de jean cortos, sandalias y el mismo chaleco de lana negro con franjas azules. Se quedó parado al lado de la puerta del autobús y yo solo lo veía de reojo de vez en cuando.



Por varias semanas, el mismo hombre subía y bajaba en las mismas paradas. Todos los días, se sentaba en diferentes lugares y siempre llevaba puesto el mismo chaleco negro con franjas azules. Me parecía extraño, nunca llevaba nada, ni una mochila o una billetera, llevaba un par de monedas en los bolsillos del chaleco para pagar el autobús, pero nada más. Era un hombre muy extraño, pero parecía alguien agradable; siempre cedía su lugar a las personas mayores o mujeres embarazadas, le pagaba de más al conductor del autobús y le sonreía a todos cuando subía, lo cual era extraño, pero agradable también.

Me acostumbré a su presencia en las mañanas y a sus extraños atuendos, tanto, que me pareció raro cuando, un día, se subió al autobús y no llevaba

puesto su famoso chaleco de franjas azules. En su lugar, tenía puesto un hoodie gris que le llegaba debajo de las caderas y era casi irreconocible sin su chaleco. Me quedé extrañada, pero, obviamente, no le dije nada al respecto.

Al día siguiente, el hombre subió en su parada habitual y llevaba puesto su chaleco de franjas azules. Sonreí en mis adentros al reconocerlo, pero mi alegría se esfumó casi de inmediato cuando pasó al lado mío y noté que el chaleco estaba rasgado del lado izquierdo, como si alguien lo hubiera jalado hasta romperlo. Deseé en mis adentros que todo estuviera bien y que solo hubiera sido un accidente, podía notar lo mucho que le gustaba ese chaleco.

La mañana siguiente, el hombre subió al autobús algo agitado, su ropa y su cabello se veían desarreglados y llevaba puestas unas gafas azules que cubrían gran parte de sus ojos, pero se escapaba la parte superior y pude notar que su ojo derecho estaba morado y tenía un pequeño rasguño. Quise preguntarle si estaba bien, pero probablemente me diría que no es de mi incumbencia y finalmente decidí no decir nada, no quería ser entrometida.

Luego del accidente con su ojo, el hombre no subió al autobús por una semana completa. Comencé a preocuparme, los últimos días antes del incidente, no había sido él mismo. No saludaba a las personas mayores o les cedía su lugar, no le daba dinero de más al conductor y no le sonreía a la gente cuando subía. Pensé que debía reportarlo a la policía, era más que claro que algo no estaba bien y necesitaba ayuda, pero no sabía nada de él más que datos completamente inútiles y ni

siquiera sabía su nombre. Además, no lo conocía, no sabía qué estaba pasando en su vida.

Pasó una semana entera antes de que el hombre volviera a subir al autobús. Subió con normalidad, pero veía a todos lados, casi con miedo. Su ojo morado y el rasguño habían desaparecido, sin embargo, tenía un corte en la mejilla que se veía bastante profundo y reciente. Esta vez, el hombre se sentó a mi lado y pude ver su herida de cerca, no podía evitar pensar que debía ayudarlo, claramente algo andaba mal. No supe qué hacer o qué decir, así que dejé de mirarlo y concentré mi mirada en las calles. Se bajó en la parada como siempre, pero esta vez se paró justo frente a mi ventana y mantuvo su mirada en mí por unos segundos antes de que el autobús arrancara.

Lo seguí con la mirada extrañada y luego volteé a ver el asiento que había dejado vacío y me percaté de un pedazo de papel doblado a la mitad sobre él. Lo levanté del asiento y lo desdoblé. En su interior, había un mensaje que el hombre había escrito y mis manos comenzaron a temblar: “Por favor, ayúdame”. Me levanté de inmediato con el corazón corriendo y volteé a ver la ventana trasera del autobús. A lo lejos, logré visualizar su chaleco tirado a un lado y al hombre en el suelo siendo golpeado por otros dos hombres vestidos de negro. Segundos después, lo subieron a la cajuela de un auto y se dieron a la fuga. Mis ojos se llenaron de lágrimas, paré el autobús y bajé de inmediato. Volteé a todas partes, pero el auto había desaparecido, corrí hacia donde estaba el chaleco tirado en el suelo y lo recogí mientras lloraba. Sabía que algo andaba mal, debí haberlo ayudado.



POESÍA

FERNANDO RAMOS

Fernando Ramos, Guatemala 1967. Contador público, ajedrecista, crítico de cine, escritor y poeta. En cuento ha publicado Ajuste de cuentas (2020); en poesía, Imágenes (contenido en el libro colectivo Novísimos, 1997), No ha quedado piedra sobre piedra (1999), Poesía robada al tedio (contenido en el libro colectivo 7 conVersos, 2011) y Camino del verde al azul (2020). Este último libro es una selección de textos que hizo el autor de su poesía en los últimos 25 años.

Recuento

Me pongo de pie
ante las velas que derriten la memoria
y camino
despacio
sobre el lado izquierdo
sin acumular mis pasos
a la multitud

Levanto mi mano
vacía de clavel rojo
no quiero que germinen en mis dedos
sus semillas

Cierro mi boca
la dejo ausente de sonidos
no voy a pronunciar consignas
ni a contar las décadas pasadas

No voy a despegar los labios
ni a mover las manos

Con lo que queda del aliento
de los que cayeron
se apagarán las velas

Génesis

Imagino a dios
en ropa de trabajo
separando
la luz de las tinieblas
la tierra de las aguas
dando soplo de vida
a un puñado de tierra

Y después
limpiando todo
con cuidado
de no dejar evidencias

Papá fue músico de oído
escritor analfabeto
pastor evangélico sin fines de lucro
policía
taxista
ruletero
piloto del transporte público
y borracho profesional

Él fue por la vida levantando la mano
solo cambió el escenario por espacios de tiempo

Un día decidió fijar el rumbo

soltó su cruz
y sin voltear a ver
se fue por otro lado

I

Muchas veces multipliqué los panes
nadie fue testigo

Los amigos ayudaron
sin saberlo

Eso fue antes de ella

Entre dos las dificultades han sido menos

Dibujamos castillos en el aire
luego los hicimos realidad



Tiempo atrás pensaba
soy el único que hace milagros

Ahora sé que somos dos

No conocí a mi abuelo
por parte de padre
Al abuelo materno lo tuve trece años
a la abuela quince

Un año más
apenas
duró la otra abuela

Antes de cumplir treinta supe del mayor dolor
provocado por la ausencia

Perdí un hermano
después otro
y quedé huérfano de padre

Conozco tan bien a la muerte
que cuando llegue
la reconoceré de inmediato



Selección de textos
por Gustavo Sánchez Zepeda.

FUGACIDAD

HUGO GORDILLO
Escritor

Europa pone el pie en el acelerador industrial para llegar a la meta de la primera globalización, internacionalizando el comercio, el capital y las migraciones. La ciencia celebra nuevos inventos y el desarrollo tecnológico produce máquinas más complejas. Los colorantes artificiales sustituyen a los naturales y Chevreul irrumpe con su irrefutable Ley de contraste simultáneo de los colores, que guía a los artistas. En París, la Academia decide cuáles obras de arte pueden ser exhibidas o no en su Salón. La descalificación es tanta, que abre un anexo para “los rechazados”. Un grupo de amigos crea la Sociedad Anónima de Pintores, Escultores y Grabadores.

Lejos de la academia, los jurados y los premios, se lanzan a su primera exposición en 1874. Reafirman el incipiente mercado privado del arte, así como la figura del marchante y la galería. *Impresión, sol naciente*, de Monet, recibe la crítica burlona de Leroy (estoy impresionado, debe haber impresión ahí dentro. El papel tapiz sobre el que está el cuadro es más acabado que ese paisaje marino). Sin embargo, otros críticos pulen la piedra de la pedrada y llaman a estos pintores como impresionistas, que no plasman un paisaje, sino el instante que produce una sensación lumínica en el espectador. No solo la comida entra por los ojos.

Los artistas descartan la plasticidad y el dibujo para captar el momento fugaz al aire libre con pinceladas sueltas *in situ*. Nada para llevar a casa. Relegan el color negro porque, según ellos, no existe en la naturaleza. Crean “series” pintando lo mismo a diferentes horas. En cada cuadro cambia la luz y el color y, por ende, la apariencia de la realidad. Usan los colores en su estado puro, como quien bebe coñac... sin mezclar. A los que nacen para impresionistas, del cielo les cae la luz. Si no es suficiente, la Segunda Revolución Industrial les proporciona luz eléctrica, que los hace volver a la ciudad para pintar la vida nocturna de cafés, circos, teatros, tabernas y cabarés.

De no haber sido llamados impresionistas, bien pueden ser llamados acuarianos, ya que el agua, el vapor, la niebla y las nubes son sus motivos preferidos, con una perspectiva atmosférica que prescinde de la línea. De los



L'Estaque with Red Roofs, Paul Cézanne, 1885.

temas están excluidos la historia y la figura humana. Seurat, con la técnica del puntillismo lleva su *Domingo de verano en el gran jate* a la categoría de estudio de comprobación científica de la Ley de contraste simultáneo de los colores, de Chevreul. Un color cerca de su complementario resalta mientras el otro hace la sombra. De cerca, todo parece un boceto, pero, a distancia, se produce el fenómeno óptico de luminosidad y transparencia total.

Otro de los rechazados del Salón es el escultor Rodin, que lejos de la academia se hace famoso. Acepta encargos oficiales y es distinguido con cuatro órdenes de la Legión de Honor. Tras una exposición conjunta con Monet, Rodin, que convierte la luz en protagonista de su obra, es considerado Impresionista por la luminosidad y el sombreado de sus esculturas. Cambia el sentido del monumento público, sustituyendo el valor y la arrogancia de los héroes por sus frustraciones y sus miedos, como el miedo de *Los Burgueses de Calais*, que dan su vida para salvar una ciudad. La arquitectura ecléctica da el salto al rascacielos, desarrollado con nuevos metales como el zinc, que detiene la oxidación del hierro; y el acero que, mezclado con níquel, lo hace inoxidable. A dos décadas de la disolución de la sociedad de los impresionistas, el inglés Fray organiza la Exposición Postimpresionismo, para saber qué fue de ellos.

Gauguin, Monet, Matisse, ¡Van Gogh...! Cada uno ha tomado su camino físico y pictórico. Si durante la etapa de impresionistas hay alguna semejanza, tienen disparidades bien marcadas

como postimpresionistas. El que no recupera la línea y el dibujo tiende a composiciones moduladas, poniéndole un esqueleto a sus obras con formas geométricas. El que no vuelve a los colores planos sin perspectiva atmosférica se entrega a la libertad compositiva donde lo que importa es el detalle, como las mejores estampas japonesas. La hoja interesa más que el bosque y la ola más que el océano. Algunos retoman la figura humana para decir: así es como yo lo veo, y lo pinto con el alma; así es como me veo, y pinto mi alma (cuando se trata de autorretratos como los de Van Gogh).

Gracias a la competencia de la fotografía, el postimpresionismo es altamente subjetivo y emotivo. Todo lo que se pinta refleja el estado anímico del autor. Estados anímicos tristes, histéricos, aterrados, como los estados anímicos de África, Asia y Oceanía, cuyo destino colonial lo deciden los imperios expansionistas europeos en la Conferencia de Berlín (1884-1885). Los grandes se asignan el derecho de ocupación para “civilizar y evangelizar” a sangre y fuego, pero, sobre todo, para saquear y explotar y seguir alimentando sus metrópolis de blancos avanzados.

Las colonias que no son administradas directamente por los aventureros están regidas por el protectorado y las cesiones. Estados Unidos, la excolonia inglesa, conquista el Oeste por medio de la guerra y el genocidio de indios previo a deshojar margaritas al sur. Encaramado tardíamente al carro imperialista, termina haciendo suya a América Latina en nombre de su democrática libertad.



Die kartoffelesser, Vincent van Gogh, 1885.